



Bajo el aspecto de doctrina fué el cristianismo el punto en que vinieron á confundirse las verdades parciales y fragmentarias del mundo oriental y occidental en una verdad clara, más pura y completa. Presenta dogmas superiores que marchan con la filosofía á un fin. Porque si quiere ésta atender á las cosas necesarias, no á las contingentes, debe proponer por objeto á las acciones y á los conocimientos el perfeccionamiento del hombre moral, y el legítimo uso de sus facultades; y como el cristianismo enseña precisamente lo que importa conocer, amar y practicar, conduce poderosamente á la civilización, que consiste en el recto ejercicio de las facultades racionales.

Hemos visto á las religiones ejercer siempre una gran influencia sobre la civilización de las naciones, y despues de haberlas conducido á cierta altura, detenerlas y hasta impulsarlas á la decadencia. Al contrario, la civilización moderna, fundada en el dogma católico de la igualdad de las almas, esto es, en la unidad de origen, de redención y de fin, ya no retrocedió. ¿En qué consiste tal diferencia? Las religiones favorecen el progreso á medida de las verdades que descubren; por lo cual el cristianismo, que no hace misterio de ninguna

la sangre y repite: «Demos á César lo que es de César; mi reino no es de este mundo.» esto es: «Dejemos la tierra mientras que todavía está sometida á la espada.» En medio de una sociedad ordenada primeramente por la espada, donde reina una aristocracia fundada en el nacimiento, esta pacífica asociación desprecia los privilegios de nobleza y de nacimiento, y proclama la igualdad de los hombres ante Dios, la distribución de las penas y de las recompensas *celestes* con arreglo á las obras, y efectúa en la jerarquía *terrestre* un nuevo procedimiento de distribuir empleos y grados, no según el nacimiento, sino según el mérito personal; siendo un testimonio brillante de ello los papas, quienes en la época de la plenitud de la institución católica, fueron elegidos entre gente humilde, no siendo notables por otra cosa más que por su mérito. Aun cuando la sociedad llamada temporal rehúsase imitar á la espiritual, era dominada por el ascendiente moral y por la enseñanza de ésta, de tal manera, que aun en medio de los esfuerzos verificados para limitar su poder, se vieron los jefes de las naciones bajar la cabeza delante de los jefes del clero, y envanecerse con el título de hijos de la Iglesia.» *Doctrina de Saint-Simon. Exposition. Première année, 4.º séance.*

doctrina, no pondrá obstáculos á la ciencia por mucho que extienda su vuelo en algun país. Facilitará, por el contrario, la perfección, porque no rechaza los progresos anteriores, eliminando solamente sus partes viciadas; aprueba y santifica el bien en cualquier parte que esté; engrandece y ennoblece la naturaleza humana y sus facultades; atribuye mérito y demérito infinito á las acciones; hace que prevalezca sobre las demás facultades la voluntad, y aumenta la importancia de la vida del hombre considerándola como expiación y preparación á la felicidad eterna. Con él cesan las máximas injuriosas á la divinidad y las que injurian á la humanidad; no se cree virtud en el hombre público lo que es culpa en el particular; ya no se hará ostentación, cuando no otra cosa, de actos crueles ó inicuos, y la usurpación, el orgullo del mando y la gloria militar, celebradas como virtudes, no inspirarán perversas doctrinas que á su vez engendren acciones perversas.

No debiendo especular ya el hombre sobre su semejante, se dirige á usufructuar la naturaleza, con cuyo motivo se mejorarán la industria, la agricultura y las artes pacíficas.

Habiase considerado siempre la libertad entre los pueblos antiguos como un privilegio, limitado primeramente á la familia, despues á las tribus, en seguida á las ciudades, y por último á las naciones; de manera que entre ellas se reconocieron derechos y deberes, pero fuera de la asociación no parecia injusto ningun hecho. Comprendiendo ahora virtualmente el cristianismo el mundo entero, se extienden los derechos á todos, sin límite ni excepción; y todos cooperan á la prosperidad social en cualquier parte en que se encuentren.

Por su parte, la civilización favorece á la religión favoreciendo su estudio, removiendo lo que estorba á su cumplimiento, perfeccionando su disciplina, y haciendo que aquellos mismos que no tienen fe en ella, acepten sus máximas por medio de la educación, de la costumbre y de las leyes.

Se equivoca, sin embargo, el que crea que son una misma cosa la religión y la civilización, y aquélla fruto de ésta, pues al paso que



la primera se funda en la fe, la segunda estriba en el conocimiento; la civilización en lo relativo y accidental, y la religión en lo absoluto y necesario; aquélla tiene por ley la libertad con la cual se va desarrollando, ésta la autoridad con la cual conserva la propia perfección. Juzga, pues, mal el que presume someter el cristianismo á una norma de progreso, como una perfección de las religiones anteriores, y á la cual los adelantamientos sociales sustituirán una más completa (1). Son campo del progreso los hechos; pero la parte vital de la sociedad, colocada en el conocimiento de las ideas, no puede obtener ningun adelanto efectivo en atención á que el ejercicio de las facultades no produce ningun elemento que no esté comprendido en la primera intuición del pensamiento, en la idea esencial de las verdades racionales (E).

Por tanto, aunque el cristianismo, revolución enteramente moral, no propendiese á cambiar las relaciones y la condición externa del hombre; aunque por el contrario declarase que no quería atacar el edificio de la sociedad, y respetase las grandes injusticias de entonces, las tiranías, la esclavitud y la guerra, desde el principio se manifestó muy provechoso para el progreso social. Porque no cambiaba la sociedad, sino la manera de apreciarla; no quitaba los padecimientos, sino que los transformaba en méritos. No atendiendo á reformar el pueblo por medio de los gobiernos, sino al contrario, mejoraba la parte moral y los entendimientos, civilización muy importante, por estar íntimamente unida con la social. Donde dominaba la anarquía, la impiedad, la disolución y el egoísmo, vésele sustituir una organización jerárquica, la fe, la santidad y el amor generoso y universal. El poder, si bien limita y comprime la sociedad espiritual, experimenta su virtuoso ascendiente; meditando los juriconsultos sobre la letra oscura de las leyes, se sienten inspirados á pesar suyo por un aura diversa; en la constitución en que todo lo pueden el ejército y el emperador, aparece un

(1) Es la doctrina de Leibnitz en su *Educación progresiva del género humano*, sostenida despues con aparato de ciencia por los Sansimonianos.

ejemplo de las dos garantías supremas de la libertad, la elección y el debate; y se emancipa á los hombres de las leyes humanas arbitrarias, para someterlos á la ley racional y divina (1).

No fueron comprendidos entónces tales beneficios, ni por los fuertes ni por los sabios. Irritados y admirados aquéllos de encontrar quienes sostuviesen contra la voluntad imperial la independencia de las convicciones propias, se dirigieron á perseguirlos, al principio sin antipatía, sin ira, sin temor, hasta sin fanatismo, para secundar la inclinación que tenía el pueblo á los suplicios, y luégo en tiempo de Diocleciano por un propósito deliberado de exterminarlos.

Hasta esta grandísima injusticia se apoyaba en la ley; pero la que autorizaba la persecución era oscura para los mismos juriconsultos, y podía interpretarse y suspenderse, no solo por los Césares, sino hasta por los próconsules (2); testimonio último y el más sangriento del ningun caso que hacían los antiguos de la vida de sus semejantes.

Aquella sociedad hacia, pues, su deber, y hacia el suyo tambien la nueva: los cristianos sufrían la pena de muerte, pero la declaraban inicua; se creían manchados aun por la vista de un suplicio, y prohibieron el sacerdocio á quien mataba ó ejercía el derecho de sangre (3), enalteciendo así el carácter del hombre, no solamente cuando está envuelto en la toga senatorial ó en el manto filosófico, ó adornado con el anillo ecuestre, sino aunque sea pobre, ignorante, desnudo y aun culpado. Es hombre, y basta.

Esta tácita, pero constante resistencia, reveló el vigor del cristianismo, y Constantino tuvo el mérito de conocerlo, y de aceptar voluntariamente lo que el tiempo hubiera impues-

(1) Teodosio y Valentiniano escriben: *Digna vox et majestate regnantis legibus alligatum se principem profiteri: adeo de auctoritate juris nostra pendet auctoritas. Et revera majus imperio est submittere legibus principatum.* Cód. lib. I, tit. X, IV, 4. Y un siglo despues: *Omnes legibus regantur etiam si ad divinum domum per tineant*, ib. 10.

(2) Cartas entre Plinio y Trajano.

(3) San Ambrosio para manifestarse indigno del episcopado, asistió á un juicio capital.



to por la fuerza á sus sucesores. Pero ántes que cesase la lucha de tres siglos, de los cristianos contra los Césares y los verdugos, habia principiado otra nueva. Combatian en las escuelas el antiguo Oriente, el antiguo Occidente y el cristianismo, el cual, extendiéndose sobre todos los hombres y todos los intereses, era natural que encontrase muchas é interesantes contradicciones. Los neoplatónicos quieren elevarse á Dios, no mediante la fe, sino mediante la doctrina. Sectas judaizantes, sectas judaicas, sectas orientales unidas ó adversarias á las de los hebreos; sectas cristianas amigas ó enemigas del ascetismo, dóciles ú hostiles á la teosofía asiática, principian la lucha de ingenio más grandiosa que ha visto nunca el mundo, entre la teología antigua y la nueva, entre la mitología poética y la religion moral, entre la antigüedad que desaparece y el nuevo tiempo que se abre.

Por consecuencia, la doctrina evangélica encontró resistencia como todas las novedades: tachada primeramente de sueño y de locura, despues se confiesa su sublimidad, pero acusándola de plagio, como si toda su verdad fuese deducida del Egipto, de la India y de la Academia; y en fin, se adoptaron sus pensamientos, miéntras que todavía se persistia en combatirla. ¡Pero véase qué novedad tan importante! En aquella balanza ha perdido todo su peso la espada, y la autoridad de los Césares en el apogeo de su fuerza, no entra por nada en la determinacion de la creencia: tan eficaz resonó la palabra que distinguia los derechos de la espada de los del pensamiento.

En el despecho de la contradiccion la literatura pareció que tomaba de las tumbas una vida enteramente artificial, y con un vigor obstinado se esforzó en inventar memorias, adornar lo pasado y abrazarlo tenazmente cuando se le escapaba de las manos. Esta tardía prosperidad de las letras y de la filosofía,

es uno de los fenómenos más singulares de la Historia. El arte del estilo, que en las épocas de Pericles y de Augusto elevaba grandemente á algunos hombres sobre los otros, se habia perdido; ni ofrecen los autores parciales aquella artística perfeccion que hace que cada uno trace un surco suyo propio en la cultura intelectual. Descuidase aquí la forma por el espíritu; son como batallones que, uniformes en el desarrollo general del pensamiento, proceden de acuerdo, unos para defender y otros para combatir al mundo antiguo. Esta es la causa de que no desee uno tanto detenerse parcialmente en cada uno de ellos, como abrazarlos en conjunto, y descubrir aquel espíritu de indagacion, estimulado por cuestiones de una importancia mayor que las sencillas rivalidades de escuela; esta es la causa de que pululen grandes verdades como grandes errores, sostenidos por ingenios rejuvenecidos, arrastrados entre el torbellino del siglo y el progreso universal.

La sociedad pagana poseía todas las instituciones necesarias para el progreso de las ideas y el desarrollo de la inteligencia, al paso que la religion nueva carecia enteramente de todo esto, y todo lo debía deducir de su voluntad, de las creencias, del imperio de éstas sobre los ánimos, y de la necesidad que tenia de propagarse y de ocupar el mundo.

Y sin embargo, no fué mucho tiempo dudoso el éxito de la batalla, y todo anuncia que la sociedad antigua está herida en el corazon. Solamente que, así como ciertos héroes de la Edad Media continuaban combatiendo tres dias despues de muertos, del mismo modo se sostiene la vieja sociedad por su propio peso, y pagana en el fondo, aún despues de haberse hecho cristiana exteriormente, prolonga una vida enteramente artificial, hasta que vienen los bárbaros á abrasar las reliquias de aquel inmenso cadáver, á fin de que su putrefaccion no contamine á toda la tierra.

## CAPÍTULO XV

### Consideraciones sobre la caída del imperio romano (1).

Si el lector ha comprendido nuestra idea, no espere aquí los acostumbrados lamentos sobre la caída del poder latino. Quédense para el que, obedeciendo á las reminiscencias de escuela, juzga con el patriotismo de Ciceron y de Caton. En la ruina de aquel imperio, la historia nos muestra la desaparicion de una barrera que se oponia al progreso, y por la agonia de diez siglos que sufrió el imperio de Oriente, puede colegirse cuál habria sido la situacion del occidental si hubiera subsistido.

Tampoco atribuiremos la caída del imperio solamente á las invasiones de los bárbaros, que habiendo principiado en los tiempos de César y de Augusto, le amenazaron sin destruirle por espacio de cinco siglos, hasta que su situacion interior hizo irreparable un golpe de que fuese ocasion y nada más la gran emigracion.

Las sociedades modernas están fundadas en el amor, en el Cristianismo, hubiera dicho me-

yor César Cantú, y cuanto más se civilizan, más procuran la paz y extienden la igualdad á mayor número de hombres, y en fin á todos. Las sociedades antiguas, por el contrario, no vivian sino de odio, de guerras, y rechazando de su civilizacion privilegiada á todos los demás pueblos. Á esto, si bien se mira, se reducía el patriotismo, vida de las sociedades antiguas. Algunos hombres asociados, libres entre sí, eran tiranos y enemigos de todo el que no pertenecía á su sociedad: de aquí la necesidad de estar siempre sobre las armas para defenderse ó para ofender; de aquí tambien que los legisladores civiles y religiosos se dedicasen á conservar las costumbres y las instituciones que distinguian á su pueblo de todos los demás.

Pero no podian impedir que las conquistas, las alianzas y las confederaciones dilatasen estas sociedades, aumentando el número de agregados y disminuyendo el de enemigos. Extendiéndose así á mayor número de hombres los privilegios, progresaron la cultura y la jus-

(1) Cantú, tomo 2.º, HISTORIA UNIVERSAL.